

CAPITULO VIII.

Biografía de D. José Manuel Sartorio.—Obras que escribió.—Examen de sus poesías.

Si la virtud, la ciencia y el patriotismo son motivos suficientes para obtener el aprecio y el respeto de nuestros conciudadanos, pocos hombres lo merecerán tanto como el presbítero D. José Manuel Sartorio, cuya biografía vamos á escribir en pocas palabras.

Nació en México á 17 de Abril de 1746, siendo sus padres D. Jorge José Sartorio, italiano, Y Doña Joséfa Cano, mexicana, personas virtuosas y de familia decente, aunque de muy escasa fortuna.

D. Jorge dió personalmente lecciones de leer á su hijo, y después le entregó al profesor de latín D. Ildefonso Falcón, quien quedó tan prendado del raro y pronto aprovechamiento del niño, que renunció los honorarios que le correspondían, dándose por retribuido con tener un discípulo tan aventajado.

Entró éste después al colegio de San Ildefonso, el cual estaba á cargo de los padres jesuitas, y allí terminó el curso de artes con tal perfección, que el padre Rodríguez decía: «explica la cátedra mejor que sus maestros.»

Con semejantes resultados y recomendaciones, adquirió Sartorio una fama extraordinaria, y recomendaciones, adquirió Sartorio una fama extraordinaria, que fué confirmada por el siguiente suceso. Llamaban en el colegio *lección de refertorio* á un ejercicio literario considerado como ensayo de los estudiantes, y tocándole una vez al joven José Manuel, manifestaron los concurrentes el deseo de ver algo extraordinario. Nuestro estudiante llevaba su composición en prosa; pero deseoso de satisfacer á los espectadores, y después de una corta meditación, recitó varios dísticos latinos,

tan buenos, que según algunos eclesiásticos ilustrados, presentes al acto, ellos no los hubieran compuesto sino después de largas y profundas meditaciones.

El mérito de Sartorio fué premiado por los padres jesuitas dándole una beca de gracia en el referido colegio de San Ildefonso; pero tuvo la mala suerte de no disfrutar aquel beneficio más de cuatro años, á consecuencia de la expulsión de la Compañía, de manera que en lo sucesivo se vió obligado á estudiar sin maestro, pues su pobreza no le permitió volver al colegio.

Más adelante, y ya en edad de tomar estado, abrazó el eclesiástico, comprobando durante su vida lo acertado de su vocación, pues fué modelo del sacerdote evangélico; de costumbres honestas y recogidas, de trato suave y afable, piadoso sin límites, caritativo con ardor, infatigable en el confesonario y en el púlpito, consolando al encarelado, instruyendo al ignorante y socorriendo al desvalido. La humildad de nuestro D. Manuel era tan extremada, que no quiso nunca usar reloj porque le parecía una alhaja de lujo, y su modestia llegó al extremo de no admitir el grado de doctor. Habiéndosele facilitado dinero para tomar la borla, le invirtió en libros, que no tuvo de puro adorno, sino para estudiarlos profundamente.

En efecto, Sartorio fué hombre de instrucción rara para su época, principalmente en lenguas vivas, que entonces se estudiaban poco en México; y los contemporáneos confesaron siempre su buen talento, viva penetración y gran memoria.

Sin embargo de todos esos méritos, no ascendió en la carrera eclesiástica, y jamás pasó de simple presbítero. Se aprovechaban sus conocimientos como censor, se le consultaban casos de conciencia y negocios graves; pero todos los empleos que obtuvo fueron secundarios. El primer cargo que desempeñó fué el de rector de infantes en la catedral; después se le nombró sucesivamente catedrático de historia y disciplina eclesiástica en el colegio de Tepozotlán, capellán del convento del Espíritu Santo, prefecto espiritual de cárceles, y para otros cargos por el estilo, siendo el destino más importante que ocupó (durante el gobierno colonial) el de prosecretario del cabildo metropolitano.

En cuanto á honores literarios, sabemos que fué presi-

dente de la Academia de ciencias morales denominada San Joaquín, así como de la de humanidades y bellas letras de San Ildefonso.

Fácilmente se comprenderá por qué no ascendió Sartorio en la carrera eclesiástica, si se reflexiona que era mexicano y afecto á los jesuitas: es sabido que en tiempo del gobierno colonial los españoles americanos (como se llamaban entonces) estaban generalmente excluidos de los principales puestos, y que el odio á los jesuitas era tal, que el Arzobispo mismo puso dificultades en ordenar á Sartorio porque seguía las doctrinas del famoso Suárez.

Nada, sin embargo, debe haberle molestado la falta de dignidades, si atendemos á que era la personificación de la humildad y de la modestia, y cuando, por otra parte, se hallaba retribuido de una manera más valiosa para un corazón verdaderamente grande: en lugar de cargos molestos y de honores vulgares, Sartorio obtuvo el amor y el respeto de todos, desde las personas de clase más elevada hasta los más pobres.

En la guerra de independencia fué Sartorio el consuelo de los mexicanos, al mismo tiempo que contribuía poderosamente, en su esfera, á la emancipación del país, arrojando el odio de los gobernantes españoles y de sus partidarios, con gran serenidad y valor. Sabemos, en efecto, que el Virrey ordenó á todos los predicadores combatiesen la rebelión; pero Sartorio se negó completamente, y más adelante resistió de la misma manera el bando de 25 de Junio, 1813, en que Venegas sujetó á la jurisdicción militar á los eclesiásticos que tomasen parte en la guerra.

Al mismo tiempo que Sartorio daba esas pruebas de firmeza, usaba de prudencia y sabiduría para calmar los ánimos: á él se debió haber aquietado las conciencias, desvanecido escrúpulos de personas demasiado timoratas, y restablecido la concordia en las familias, haciendo ver que no era crimen la resistencia al gobierno español, y que no debían considerarse como rebeldes á Dios ni al Rey los defensores de la independencia.

Sartorio, como verdadero liberal, es decir, enemigo de la tiranía y también del desorden, recibió con aplauso la reforma del año 12. «Mi patria es mi adoración,» decía frecuentemente, y fué tanto lo que trabajó por ella, que á su

muerte mereció se pusiesen en su catafalco las siguientes palabras:

Sacro Hidalgo, tú, en la obra héroe notorio!
Y en la palabra tú, sacro Sartorio.

Era muy natural que el patriotismo del digno eclesiástico le ocasionase muchos disgustos: efectivamente, el Virrey de México excitó al Arzobispo para que corrigiese á aquel clérigo *rebélde*, y el fiscal de la Inquisición procuró instigar contra él al terrible tribunal; y hubiera sido reducido á prisión á no intervenir en favor suyo la Condesa de Regla. Sin embargo, no le fué posible libertarse de las injurias de algunos particulares: cierto día unos españoles de bajo linaje le insultaron públicamente, y otra vez un español rico le despidió de su casa.

No por esto se arca que Sartorio perdió el aprecio general; por el contrario, aumentó entre sus conciudadanos de tal manera, que en las elecciones populares de ayuntamiento, verificadas á consecuencia de la constitución española, fué nombrado elector por la parroquia de San Miguel, y el pueblo entusiasmado se apoderó de un coche en que iba, para conducirlo.

Consumada la independencia, fué nombrado vocal de la soberana Junta gubernativa, y como tal firmó la acta de nuestra emancipación política, habiendo tenido la honra de predicar en la función de gracias que se celebró en la catedral de México, al día siguiente de la entrada del ejército libertador.

Como miembro de la Junta gubernativa, trabajó mucho Sartorio en la restauración de la Compañía de Jesús; pero no consiguió nada absolutamente, y sea cual fuere la opinión que se tenga acerca de los jesuitas, es de alabar en Sartorio la gratitud que le guiaba al tratar de favorecer á sus antiguos maestros y bienhechores.

Fueron muy notables la amistad y las relaciones que unieron á Sartorio con Iturbide, y él fué quien, á nombre del clero, le felicitó por su exaltación al trono, recibiendo más adelante del Emperador mismo la cruz de Guadalupe; y la consideró tan honorífica, que no obstante su modestia, la llevó con agrado hasta el fin de sus días.

La amistad de Sartorio con Iturbide, ocasionó á aquel

tantos ó mayores disgustos que los tenidos con el gobierno español, y se halló á pique de ser envuelto en la proscripción á que fueron condenados los amigos del libertador de México; pero su mucha respetabilidad le salvó por segunda vez.

Los últimos años de Sartorio fueron amargados por los trastornos políticos de su patria, que no podía ver con indiferencia. Murió á la edad de 82 años, tan pobre como había vivido; pero se le hicieron notables exequias por la Archicofradía que fundó Cortés con el nombre del Señor de la Misericordia, asistiendo las personas más notables, y pronunciando la oración fúnebre el Dr. Torres Guzmán. Fué enterrado en Nuestra Señora de los Angeles, y se puso sobre su sepulcro el siguiente epitafio que él mismo había escrito:

«Conditus hac viti, jacet en, Sartorius urna,
Is fuit orator, nunc tacet: hospes abi.»

La traducción libre, hecha también por Sartorio es la siguiente:

Oculto bajo de esta
Losa triste y funesta
Yace el pobre Sartorio,
Fué orador, aplaudióle su auditorio;
Mas nunca ha predicado—
Mejor que ahora callado—
La muerte; en fin, su asiento fué postrero.
Oye el sermón, y vete, pasajero.

* *

Las obras de Sartorio, según las noticias que tenemos, son las siguientes:

Tres sermones impresos.

Veinte tomos de sermones manuscritos.

Varios novenarios, septenarios, triduos y jaculatorias, meditaciones y otras obras de devoción, impresas unas y manuscritas otras.

Carta edificante de la vida de la M. R. M. Josefa de San Ignacio, abadesa del convento de Regina de México, impresa en esta ciudad, 1810.

Respuesta á las observaciones de Bossuet sobre la Mística Ciudad de Dios de la Madre Agreda, MS.

Vida del Papa Pío VI y compendio histórico de su viaje y cautiverio, traducción del francés, MS.

Resoluciones morales, un tomo en 4º, MS.

Cartas críticas é instrucciones, un tomo en 4º, MS.

Censuras de comedias y otras obras, un tomo en 4º, MS.

Poesías sagradas y profanas, siete volúmenes en 8º, (Puebla, 1832), según el prólogo de la colección; en ella están incluidas todas las poesías de Sartorio.

Esta noticia bibliográfica basta para comprobar la fecundidad de nuestro autor y la extensión de sus conocimientos: habiéndose tratado una vez de imprimir todas las obras referidas se calculó el costo de la impresión nada menos que en diez y ocho mil pesos.

Nosotros no hemos podido ver más que los siete volúmenes de poesías y algunos sermones, lo que no se extrañará si se atiende á que todo lo manuscrito de Sartorio se ha extraviado, y á la dificultad que se presenta en México para encontrar libros relativos al país, según lo hemos manifestado en el Prólogo; de manera que nos vemos obligados á limitar ahora nuestro examen á las composiciones poéticas, y más adelante á los sermones.

* *

La mayor parte de las poesías de Sartorio versa sobre asuntos sagrados, y el resto se refiere á diversos objetos profanos; gran parte de unas y otras son traducidas, principalmente del latín.

Como desgraciadamente el término medio en todas las cosas humanas es lo más difícil de encontrar, sucedió con la literatura española, que del sistema exagerado y obscuro de Góngora y sus sucesores, se pasó, en el siglo XVIII, no á la claridad y sencillez, sino al prosaísmo, de manera que la poesía degeneró en bajeza, flojedad y falta de armonía. Don Tomás Iriarte, según Gil de Zárate y otros historiadores de la literatura española, fué quien principalmente influyó en el establecimiento del prosaísmo debido al ascendiente que tenía entre los literatos de su época, ya por sus talentos, ya por otras circunstancias que no eran absolutamente literarias. Iriarte poseía todas las cualidades necesarias para sobresalir en géneros templados, como lo dió á conocer principalmente en sus *fábulas*; mas carecía de ingenio

para la poesía elevada, así es que no se encuentra en sus composiciones de esta clase vuelo poético, viveza de afectos, gala en los adornos y, á veces, ni aun armonía en los sonidos. De todas maneras, fué tal su autoridad, que Samaniegollo llegó á decir:

En mis versos, Iriarte,
Yo no quiero más arte
Que poner á los tuyos por modelo.....

Y como la literatura mexicana, antes de la independencia, no fué generalmente en la forma más que un reflejo de la literatura española, resultó que así como Sor Juana Inés de la Cruz imitó á Góngora, de la misma manera Sartorio y otros poetas mexicanos de su época imitaron, ya que no precisamente á Iriarte, sí á los de su escuela, la cual procuraremos caracterizar en pocas palabras.

La poesía, según explicamos en la Introducción, es «la representación sensible del bello ideal por medio de la palabra,» y no «la imitación servil de la naturaleza,» la cuales hermoseedas, perfeccionada por el poeta. Así, pues, quien comprenda el verdadero objeto del arte, tiene que separar de la naturaleza física ó moral lo que hay de feo, bajo, vulgar, innoble, defectuoso, y por el contrario, agregar cuanto conciba de bello, en armonía con el objeto de que se trate. El bello ideal se forma, pues, escogiendo y ocultando, quitando y añadiendo. De otra manera el imitador servil de la naturaleza á donde más puede llegar es á presentar cuadros sin defectos notables; pero también sin bellezas arrebatadoras; cuadros fieles y sencillos, pero monótonos y sin animación.

En la escuela prosaica no se conoce el heroísmo de ninguna pasión sublime, porque el verdadero dominio de la poesía no es el mundo material, sino el espiritual, es decir, las ideas elevadas, las grandes pasiones, los sentimientos profundos; el esfuerzo de lo finito para expresar lo infinito. Cuando la poesía se ocupa en objetos materiales, aun los más grandiosos, como los astros y el Océano, lo hace elevándose á su Creador, ó idealizando esos objetos, personificándolos, suponiéndoles cualidades de seres inteligentes. Tratar, pues, de objetos comunes, sean morales ó

físicos, y tales como la naturaleza los presenta, es objeto de la prosa y no de la obra poética.

En cuanto á la forma, supuesto que la palabra es el instrumento de la poesía, debe usarse en armonía con el objeto del arte, es decir, la forma poética debe ser más escogida que la forma prosaica. En efecto, la poesía tiene expresiones que le son peculiares, epítetos brillantes, comparaciones atrevidas, estilo figurado, y por último, cierta medida que produce armonía musical, cuya perfección no se puede encontrar en la prosa mejor combinada.

Ahora bien, los prosaicos pecaban unas veces en la forma, otras en lo esencial, y algunas en los dos elementos reunidos.

Esto supuesto, vamos á examinar algunas composiciones de Sartorio.

Para excitar á los fieles á la diligencia, dice:

No consintamos, no, que la pereza
Nos venga á dominar del sueño largo,
Sino largando el lecho con presteza
Dejemos la modorra y el letargo.

Largar el lecho. El verbo *largar* por dejar ó irse, se usa generalmente en tono familiar ó despreciativo, como cuando en una visita de confianza decimos *me largo*, ó cuando á un criado bribón se le dice *lárgate de mi casa*. Si el escritor usó el verbo *largar* porque quiso manifestar *prisa*, tampoco está bien, porque se halla indicada adelante con la frase adverbial *con presteza*.

Dejar la modorra y el letargo.

Modorra se usa en estilo muy llano, y además, supone, infundadamente en el presente caso, que los que duermen no lo hacen de una manera tranquila y natural, porque *modorra* significa *sueño pesado*.

Letargo supone todavía más que *modorra*, porque es un accidente peligroso, el cual consiste en la suspensión del uso de los sentidos y de las facultades del ánimo; así es que está mal usado, y se comprendé que vino arrastrado por *largo*.

En otro lugar describe Sartorio la manera con que la Virgen vió á Jesucristo en la cruz, con estos versos:

Tus ojos tiernos viéronlo colgado
Y al más amargo extremo reducido,
Pues lo vieron á azotes destrozado
Y de llagas abiertas todo herido.

Viéronlo. Lo es neutro, y no puede aplicarse á Jesucristo, aunque esto tiene la disculpa de que así se usa en Méjico y algunos lugares de España: la Academia ha sancionado ese uso últimamente.

Colgado. Cuando un muchacho es incorregible suelen decirle sus padres: «has de morir *colgado*,» es decir, colgado de una horca, y por este estilo se usa el adjetivo *colgado* en locuciones familiares.

Comparando á la Virgen María con una rosa, dice Sartorio:

Pompea en Abril la rosa muy ufana
Bostezando suavísimos olores,
Y bordándole el manto los colores,
De blanca nieve y encendida grana.

Pompea. Palabra de pronunciación dura, y que no se usa en buen castellano sino como recíproco, es decir, *pompearse*.

Bostezando suavísimos olores. Es permitido en poesía personificar los objetos, pero con propiedad y belleza, y ni una ni otra circunstancia concurren en el presente caso: aun en las personas, el acto de bostezar no es gracioso ni poético, y mucho menos puede serlo trasladado á una planta por medio de una figura violenta; así es que un escritor de gusto no usaría semejante composición, ni aun tratándose de esas plantas que parecen dormir ó recogerse en la noche, plegando las hojas. En cuanto al uso de *bostezar*, como verbo activo, nos referimos á lo indicado en el capítulo siguiente.

Veamos ahora de qué expresión se valió nuestro poeta en el siguiente verso:

La noble presa que engullido había
El tártaro horroroso.....

Nadie dudará que *engullir* es un verbo excesivamente prosaico.

Para pintar la muerte de una persona, usa Sartorio locuciones como esta:

Ya pasó su trago,
Creo que felizmente;
Porque el Dios elemento
Tierno lo amparó.

Pasar el trago. *Tragar* sólo se usa en estilo muy llano, como cuando significa *devorar*, es decir, comer mucho y muy aprisa, ó cuando se dice «qué tragaderas tiene fulano,» para significar que es muy crédulo; ó bien «tragar saliva,» cuando una persona halla dificultad en dar una contestación; ó «no poder *tragar* á alguno,» por tenerle aversión. De todo esto resulta, que aunque *tragar* y sus derivados se usen en sentido de *desgracia* ó *infortunio*, esto no es propio del estilo poético, porque la acepción común de la palabra es vulgar, y no puede despertar más que ideas vulgares, quedando muy mal cuando se trata de un trance tan serio como el de la muerte.

Hablando del bien de su alma escribió nuestro autor la siguiente cuarteta:

¡Oh cuán sana también, oh cuán hermosa
Se verá aparecer, si se halla digna
De mamar á tus pechos oh divina
Virgen y Madre, leche muy sabrosa!

De mamar á tus pechos, etc. Aun tratándose, no de la Virgen, sino de una mujer cualquiera, estos versos excusan comentarios, porque todos saben que la decencia es una de las principales reglas que debe observar el escritor. Cuando se trata de cosas que pueden ofender el pudor ó el respeto, se deben evitar las expresiones claras, usando de alguna obscuridad, y esto cuando hay necesidad absoluta de expresar cierta clase de ideas; pero cuando no existe esa necesidad, deben omitirse todas las palabras que parezcan poco decentes. En el presente caso, ¿qué necesidad tenía el poeta de locuciones como las que usa para expresar su comunicación con la Virgen, cuando en el orden moral é intelectual y aun en el físico, se pueden escoger tantas imágenes bellas y dignas?

El siguiente soneto es tan malo que merece un examen particular.

¡Cuánto tiempo, oh América, anduviste
En pos de tu deseada independencia,
Y á pesar de tu grande diligencia
(Pobre de tí) hallarla no pudiste!

Lágrimas tiernas derramabas triste
 Bajo el yugo de dura dependencia,
 Suspirando con ansia, y con vehemencia
 Por la deseada que abrazar quisiste;

Mas cese el llanto ya, cese el lamento,
 Pues la por quien estabas suspirando
 Ya pareció: ¡qué gozo! ¡qué contento!

Buscóla, hallóla heroicamente obrando,
 El inclito Iturbide, mira atento,
 Suelo feliz aquí la está abrazando.

Eso de que la América *anduviera con gran diligencia*, y la *pobre no pudiera hallar* lo que buscaba, es la figura más mezquina y prosaica que pueda darse, y la idea que despierta es la de un corredor del comercio que anda azotando calles, y el *pobre* no encuentra negocios. Además, al segundo verso le sobre una sílaba porque en *de-se-a-da* no hay diptongo. Sin embargo, sobre este particular haremos algunas observaciones al hablar del padre Navarrete.

La deseada, verso octavo. Aquí vuelve á medirse mal la palabra *deseada*; pero hay otro defecto todavía de mayor importancia, y es que no se sabe lo que se desca abrazar, y es preciso ocurrir al título del soneto para comprenderlo. No es ilícito al poeta ayudarse de esta manera con explicaciones fuera de la composición, y el soneto exige que en el corto espacio que se le concede *no falte* ni sobre nada.

Pues la por quien. Reunión intolerable de partículas que producen un pésimo sonido.

Ya pareció. Tampoco se sabe aquí lo que pareció sin ocurrir al título, y lo mismo es preciso hacer para comprender el último terceto.

En fin, es de advertir, omitiendo otras cosas, que los versos 10º, 12º y 14º terminan en *ando*, que se considera como consonante de los llamados *triviales*.

Pero acaso todo lo dicho es nada en comparación de un soneto al Santísimo Sacramento, donde el padre Sartorio llama á la hostia un *bocado*, como si se tratara de un menudrugo de pan ó un pedazo de tocino. *Bocado* significa también *veneno*, y entonces es peor: en ese sentido le usa, por ejemplo, Ercilla (canto 32).

Está Jesús para partirse al cielo,
 Donde lo llama ya su padre anado;

Pero no quiere, no, su amor sagrado
 Dejar al hombre huérfano, en el suelo.

Llama á consejo, pues, su ardiente anhelo,
 Su poder, su saber: los que han trazado
 Se quede con el hombre en un *bocado*
 A sustentarlo, bajo un blanco velo.

Algunas ocasiones se divertía Sartorio en componer versos de sociedad, familiares; y si en estilo elevado incurrió en los defectos que hemos señalado, ya podremos figurarnos lo que sucedería en el estilo llano. Bastarán dos ejemplos, no siendo necesario divagarnos en observaciones, porque el lector menos instruido puede hacerlas por sí mismo.

PARA DAR DÍAS.

En este día	A Mariquita
De San Gregorio,	La Montes de Oca,
José Sartorio	A él toca
Tierno y cordial.	Bienes desear,
Su día santo	Y así le pide
Le felicita	Al gran Señor
A Mariquita	Que á ella de amar
La Sandoval.	Quiera llenar.

EPITAFIO Á UN PERRO LLAMADO EL MONO.

Ya el pobre mono acabó
 Al golpe cruel y violento
 Con que un sereno sangriento
 Sin lástima lo mató.
 ¡Pobre infeliz, ya yo nó
 Veré á mi mono querido!
 Mas lo que más he sentido
 No es ciertamente su muerte;
 SÍ la lamentable suerte
 Con que el pobre ha fallecido.

Después de todo lo dicho se comprenderá fácilmente, que el padre Sartorio era poco á propósito para traducir los salmos y otras oraciones de la iglesia pertenecientes al género sublime, bastando manifestar una circunstancia, la cual caracteriza el mal gusto que solía tener nuestro autor, y es que tradujo el *Pange lingua* en versos de cuatro sílabas, propios para composiciones como la fábula de la ardilla y el caballo.

Señor mío
De ese brío
Ligereza
Y destreza.....

Aun se conoce que á veces el padre Sartorio tenía dificultad para versificar, y en estos casos no se paraba en medios para conseguirlo, ya usando palabras bárbaras, ya tomándose licencias indebidas, ya valiéndose de calificativos impropios, ya poniendo algunos rípios. Ejemplos:

El huevo fresco, el vino colorado,
El caldo con gordura, el pan floreado,
A la humana le dan naturaleza
Alimento precioso, pues sin lucha
Ofrecen con largueza
En poca cantidad substancia mucha.

«A la humana le dan naturaleza, por «le dan á la naturaleza humana, «es una transposición violenta que no debe admitirse, pues parece que á *la humana* le van á dar algo, y que ese algo es *naturaleza*.

Abre mortal, esa honda sepultura,
Y mira atentamente, en qué han parado
Las riquezas, las honras, la hermosura,
El pobre, el rico, el bajo, el potentado.
Mira aquesa osamenta fría y dura,
Lee en ese libro desencuadrado,
Estudia ese esqueleto y calavera,
Si quieres ver el triste fin, que espera.

Pasando en silencio muchos defectos de esta pésima octava, sólo diremos que para consonar *calavera* con *espera* ha quedado la oración sin sentido, porque no dice á quién se espera, faltando el pronombre *te*, que por no caber en el verso le omitió el autor.

No respeta tu guadaña
Las canas, ni la niñez,
Todo *te holla* tu altivez,
Nada perdona tu saña.

Holla por *truella* no sólo está mal conjugado, sino que como *holla* es homófono de *olla*, despierta ideas muy diferentes de las que convienen á la poesía. Bien podía haberse dicho «todo lo *aja* tu altivez.»

Pues si estos son imposibles
Que no abarca la razón.
¿Cómo es posible esté alegre,
Cuando tú estás triste, yo?

La transposición forzosísima de *yo* es manifiesta, y además es defectuoso, aun en prosa, que un período termine por monosílabo.

De la nueva Salem el santo coro
Hoy con nueva dulzura,
Colmado de ternura,
Entone y trine un cántico sonoro,
La pascua celebrando
Con sobrio gozo y con acento blando.

El adjetivo *sobrio*, aplicado á gozo, es impropio porque generalmente significa «templado en comer y beber;» pero aun en la acepción general de *moderado* está mal, pues no se comprende la razón para que el gozo se limite en el presente caso, y cuando, por el contrario, la idea de la estrofa exige otro adjetivo que indique más animación.

Si tu sangre ¡oh Jesús! santa y preciosa
Se digna de limpiar mi fea sentina,
Hallará salvable medicina,
Para todo su mal mi alma achacosa.

El adjetivo *fea* aplicado á sentina no da la calificación conveniente, porque lo *feo* desagrada á la vista, y la sentina al olfato, resultando también una figura de retórica algo sucia al comparar el alma con un lugar lleno de inmundicias y mal olor: el arte no sólo prohíbe las palabras que ofenden el pudor, sino también las expresiones groseras y las que excitan ideas desagradables y asquerosas.

Alma achacosa: el adjetivo *achacoso* es prosaico, y no significa lo mismo que se quiso dar á entender, con *fea sentina* es decir, que el alma estaba *muy sucia* por el pecado: en efecto, *achacoso* es un adjetivo que se aplica á las enfermedades leves, habituales, de poca importancia.

Y no obstante esos defectos en que solía incurrir Sartorio para formar verso, algunas veces no evitaba ni la cacofonía ni la falta de medida. Como de una y otra falta hemos presentado ya algunos ejemplos, nos limitaremos á poner otros pocos.

La oscura noche con su faz sombría
A la tierra llena de tristeza;
Porque del sol no se veía la lindeza,
Ni sus dutes dulces influencias recibía.

El el tercer verso sobra una sílaba, porque en veía no hay triptongo.

Mas que los hombres hayan aplicado
A otros hombres, de Dios los altos nombres,
Eso no debía ser, no es acertado.

Hombres en el primer verso, y en el segundo otra vez *hombres* y luego *nombres*, suena muy mal: el arte métrico enseña que en un mismo verso no haya consonantes, ni aun asonantes.

En el mismo defecto se incurre en el tercer verso de los que siguen:

Jesús, fruto precioso
Del vientro de María,
Sénos vía, luz y guía
En el mar tempestuoso,
De este mundo inclemente
Hasta llegar al reino permanente.

Igual observación hay que hacer al verso último de la estrofa siguiente:

Ave, Virgen querida,
Semejante á la plata acrisolada,
Que en la llama encendida,
Del fuego mundanal nunca abrasada
Y con santa entereza
Permaneciste *ilica* en tu pureza.

Pero basta de reprobar.

*«Qui legis, tuam reprendo si mea laudas
Omnia, stultitiam; si nihil, inutiliam.»*

Lo primero que debemos decir en defensa de Sartorio es, que el único objeto con que escribió poesías fué el de entretener los ratos que le quedaban libres de sus muchas y graves ocupaciones, de manera que nunca permitió se publicaran aquellas, manifestando necesitaban reforma. A su muerte fué cuando un amigo se apoderó de los manuscritos, publicándolos con la advertencia de que Sartorio los

había dejado desordenados y sin corrección alguna, porque el autor nunca creyó se imprimieran sus versos.

Esta advertencia es de la mayor importancia, pues todo el que escribe sabe, por propia experiencia, con qué facilidad se incurre en errores y en equivocaciones, muchas veces por mera distracción, y tanto más fácilmente cuando se trata de la forma ó el mecanismo de una obra. Para que una composición salga lo menos mal posible, es preciso que otro la revise, porque el autor mismo se familiariza más y más con sus propios defectos cada vez que lee los borradores: es necesario, además, tener copistas fieles y de alguna inteligencia, y por último agotar el cuidado aun en los momentos de la impresión. Se cuenta del célebre Molière que leía sus manuscritos á la cocinera queriendo que todo el mundo le dijese lo que se hallaba de chocante en lo que escribía.

¡Cuánta disculpa no tiene, pues, un escritor como Sartorio, que ni corrigió sus poesías, ni las dió á revisar, ni atendió á que se copiasen bien, ni pudo vigilar su impresión!

Es seguro que Sartorio, al imprimir sus composiciones, hubiera omitido algunas y reformado otras, cosa que el editor no podía hacer; y cumplió mejor con su encargo imprimiendo las poesías de nuestro autor tal como las encontró. Al crítico es á quien corresponde hacer mérito de todas las circunstancias que concurren en la publicación de una obra, para condenarla ó para defenderla.

No obstante el mal estado en que Sartorio dejó sus poesías, se encuentran varias medianas y algunas buenas, siendo prueba de lo que pudo haber hecho, si por una parte se hubiera dedicado más á la poesía, y si por otra hubiera meditado y corregido lo que escribió. Examinando con cuidado los siete tomos de composiciones poéticas de Sartorio, pueden sacarse algunas *perlas del estiércol*, como decía Virgilio hablando de Eneo.

El carácter predominante de esas poesías es *el amor divino* expresado con ternura y unción, principalmente cuando el poeta se dirige á la Virgen María, y á los cuales afectos reúne cierto sentimiento de patriotismo si habla de la Virgen de Guadalupe, patrona de los mexicanos, venerada en el país por el recuerdo de una antigua y poética tradición.

Prescindiendo de creencias religiosas, que no es de este lugar discutir, sólo observaremos dos circunstancias: en primer lugar, que todas las naciones han fundado lo más bello de sus composiciones poéticas en las tradiciones religiosas, desde la más remota antigüedad, pues como dice Opitz: «La poesía no fué al principio más que una teología secreta, una enseñanza de las cosas divinas.» En segundo lugar, que el arte no puede hallar un amor más poético que el de la Virgen María. Oigamos sobre este particular lo que dice Hegel hablando del amor religioso, autor que nadie tachará ciertamente de crédulo ni de fanático.

Según este filósofo, el amor por sus diversos caracteres nos ofrece una belleza ideal; pero el amor por excelencia es el amor á Dios, y Dios está representado humanamente por Jesucristo: de esta manera el carácter del amor divino es más perfecto en el arte cristiano que en el griego, porque en éste la individualidad, la personalidad eran muy débiles, mientras que en Jesucristo el amor toma un carácter determinado. «Pero el objeto más accesible al arte, agrega el mismo autor, y en particular el más favorable á la imaginación romántica, es el amor de la Virgen, el amor maternal. Eminentemente real y humano, es al mismo tiempo enteramente espiritual, desinteresado, purificado de todo deseo, sin tener nada sensible y siendo sin embargo visible, encierra una alegría interior, una felicidad absoluta.»

Pero el que quiera convencerse más acerca de este punto, estudie en el *Genio del cristianismo* de Chateaubriand, la segunda parte, la cual trata de lo poético del cristianismo, y allí verá que la religión cristiana no sólo aumenta el efecto artístico de las pasiones, sino que ella misma es una pasión, con sus transportes, sus ardores, sus suspiros, sus alegrías y sus lágrimas.

De esa pasión estaba poseído Sartorio en el más alto grado, y fué la única que conmovió su corazón sencillo y justo.

Esto supuesto, comenzaremos por examinar las siguientes estrofas pertenecientes al «Himnario de Nuestra Señora.»

Ave, puerta preciosa
Por do la libertad al mundo vino,
Aula majestuosa
Do tiene su mansión el Uno y Trino,
De Dios solemne templo,
Salud del orbe, del mortal ejemplo.

Ave, escala eminente,
Que te elevas del cielo hasta la cumbre,
A tí, Virgen clemente,
Clamo lleno de pena y pesadumbre,
Porque de tempestades
Me libren desde el cielo tus piedad.

Ave, Virgen hermosa,
Cuya carne purísima y sagrada
Respira como rosa
Suave olor, fragancia delicada,
Y cuya mente pía
Mora en el bien y vive en la alegría.

Ave, Virgen preciosa,
De vivas aguas vena indeficiente,
Por tí su onda copiosa
Derrame sobre mí la viva fuente,
Y así de ella regado
Quede mi corazón todo embriagado.

Ave, única paloma,
Singular Virgen, verdadera fuente,
De do mana y asoma
La salud verdadera, el bello oriente,
Y de aquella luz Madre
De quien es Dios el verdadero Padre.

Ave, Virgen preclara,
Hermosura á toda otra preferida,
Cuya brillante cara,
Cuyo esplendor, cuya beldad incida,
Atónitos miran
Los que en el cielo príncipes la miran.

Ave, Virgen entre ellas
La más grande y feliz, la primitiva,
Que entre todas descuella,
Vara feraz, como la hermosa oliva,
Pues le trajiste al mundo
De flor divina, el germen sin segundo.

Ave, lustre y decoro
De la santa cristiana disciplina,
De luz rico tesoro
Más brillante que estrella matutina,
Tú, del gran sol aurora,
A tu Hijo siempre por nosotros ora.

El objeto de esta composición, como inmediatamente se percibe, es entonar alabanzas en loor de la Virgen, y aunque parece fácil su desempeño porque el pensamiento es uno mismo en todas las estrofas, en ello cabalmente está la dificultad: el poeta tiene que sostener el interés por medio de la diversidad de formas, y ensayando todos los recursos del arte para no caer en la monotonía.

Sartorio usa con facilidad de las bellas imágenes que el cristianismo ha aplicado á María: *puerta preciosa*, porque ella abrió el camino de la libertad moral al género humano; *escala eminente*, porque María es el camino más seguro que encuentra el cristiano para subir al cielo; *cara feroz* porque ella produjo el vástago más valioso de todos los tiempos.

Y no se crea que este modo de hablar pertenece únicamente al misticismo cristiano, sino que es de todos los tiempos y de todos los países. Para citar un solo ejemplo diremos que el alemán Goethe en «El canto de Mahoma» representa la rápida propagación de su doctrina por medio de una fuente escasa y pobre al principio; pero aumentada después hasta formar un torrente impetuoso.

Las comparaciones que en otros lugares usa Sartorio, son semejantes á las que se encuentran en los libros sagrados, como cuando llama á la Virgen *paloma*.

En cuanto á la forma de la composición de que vamos hablando, tiene las cualidades que piden la gramática y el arte poética, es decir, claridad, corrección, armonía, fluidez y estilo animado, como lo requiere el asunto. El metro es el más á propósito para la canción, versos de siete y once sílabas. Los adjetivos son propios y significativos: *aula majestuosa*, porque aula tiene la acepción de «palacio de algún príncipe ó soberano, á quien se da el tratamiento de *majestad*» *Vara indeficiente*, porque todo lo que viene de la Virgen no puede dejar de existir. *Virgen singular*, porque no hay más que una sola. Algunas licencias que se toma el escritor como dar plural al sustantivo *piEDAD*, creemos que son de las permitidas á los poetas, y muchas mayores libertades vemos en los príncipes de todas las literaturas. Alguna expresión prosaica, como *carne* y *cara*, (estrofas 3ª y 6ª), deben disimularse, porque aquí van acompañadas de otras voces que las ennoblecen, y de este modo son permiti-

tidas. Véase lo que explicamos sobre el particular al tratar de Carpio.

Del mismo género que la anterior hay otras varias composiciones de Sartorio bajo el nombre de *Partenio*, poeta griego que floreció medio siglo antes de Jesucristo, y del cual sólo nos queda un libro en prosa, intitulado «Afectos de los amantes.» La colección de poesías que con el nombre de *Partenio* compuso nuestro D. Manuel, pudiera llamarse en el lenguaje moderno «El Album de María.»

No es posible copiar todas las composiciones de esta clase que nos parecen de mérito, porque apenas podría hacerse en una antología. Nos contentaremos, pues, con insertar el siguiente romance:

EL ALMA AUSENTE DE MARIA.

Avecillas tiernas,
Flores de escarlata,
Encumbrados pinos,
Encinas copadas.

Erguidos cipreses,
Fresquísimas hayas,
Laureles frondosos,
Prados de esmeralda.

Retozonas fuentes,
Cristalinas aguas,
Dulcísimas frutas,
Sublimes montañas.

Yo no vengo, no,
A esta amena estancia,
A que déis alivio
A mi pena amarga.

Sólo vengo, sí,
A exhalar mis ansias,
Lanzando suspiros
Del fondo del alma.

No, no me divierten,
Flores, vuestras galas,
Aves, vuestros tonos,
Fuentes, vuestras aguas.

No, no me consuelan
Frutas sazonadas;
Ni árboles vestidos
De pompa galana.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sólo llorar quiero,
Suspirar me agrada,
Desahogando un poco
Una ardiente llama.

Sabed que mi pecho
Campo es de batalla
De un amor ardiente,
De una ausencia brava.

A cierta hermosura
Divina y gallarda,
Mis potencias todas
Le tengo entregadas.

Millones de leguas
De ella me separan,
Que es su domicilio
La esfera más alta.

Tiene en el Empíreo
Su elevada casa,
Donde le hacen trono
Querúbicas alas.

Mas para ir al reino,
Donde es su morada
Fuerza es que la muerte
Los caminos abra.

¿Cuándo vendrás, muerte?
Cierto eres tirana,
Vienes si te huyen,
Huyes si te llaman;

Pero de mi reina
Son las prendas tantas,
Que por ir á verla
La muerte es deseada.

Es sobremanera
Linda y agraciada,
Cuantos la conocen
Tiernísimos la aman.

Si vosotras juicio
Y razón gozárais,
Por ella murierais,
Aves y montañas.

Aves, respondedme,
Habladme montañas,
Arboles, decidlo,
¿No es pena extremada?

Bellas fuentejillas,
Serán aumentadas
Con las de mis ojos
Vuestras aguas claras.

Aquí me estaré
Llorando, hasta que haga
Dios, que llegué el día
De ver á mi amada.

Valléndose el poeta de una apóstrofe continua, comienza por enumerar los objetos más bellos del campo, y después expresa la pasión que le enajena; pasión que no le permite gozar de las bellezas que tiene á la vista, el cual pensamiento es verdadero, está fundado en la observación del corazón humano: á los ojos del hombre apasionado, las cosas se ofuscan ó las aplica á la idea que le domina, y esto último hace Sartorio, pues concluye por asociar á su dolor los objetos que describe. Para todo esto, el poeta usa calificativos propios, imágenes graciosas, estilo tierno y sencillo, lenguaje correcto, versificación fluida y natural, guardando siempre la ley del buen romance, que el asonante vaya en los versos pares. No hemos observado más que una falta notable, la cual bien merece disimularse visto lo demás de la composición: el adjetivo *brava* aplicado á ausencia. *Tiernísimo* (verso 69) no es conforme á las reglas de la gramática, sino *ternísimo*; pero muchos usan lo primero.

Como ejemplo de las demás poesías sagradas de Sartorio, sólo presentaremos una para no extendernos demasiado.

HIMNO A SANTA BÁRBARA.

Dios te guarde, gloriosa
Bárbara, niña bella;
Generosa doncella,
Del paraíso rosa,
Blanquísima azucena
De olor fragante, de candores llena.

De bondad tierno encanto,
Lavada felizmente
En la sagrada fuente
Del amor dulce y santo,
Dulce, mansa, devota,
Vaso que olores de virtudes brota.

Altamente felice
Escuchas al esposo
Que con tono amoroso
Te convida y te dice:
«Ven mi bella, mi amada,
Con diadema inmortal serás ornada.»

Bella como la luna,
Cuando en su lleno brilla,
Vas con planta sencilla
Y envidiable fortuna,
Al son de un nuevo canto
Al cordero siguiendo, esposo santo.

Dispuesta y prevenida
Con las virtudes todas,
A las divinas bodas
Te miras admitida,
Y llena de alborozo
Nadando estás en el eterno gozo.

Margarita brillante,
Que esmaltas luminosa
La corona gloriosa
De tu Jesús amante,
En mi vida, en mi muerte,
Sóme propicia hasta llegar á verte.

Animación, naturalidad, bellas imágenes, locuciones propias, buena versificación, todo esto recomienda al precioso himno que precede, en el cual no hemos advertido ningún defecto notable. *Brotar colores*, y *planta sencilla* parecen mal al pronto; pero pueden admitirse: *brotar* significa *arrojar*, en su sentido más lato, y arrojar se dice cabalmente, según nuestros diccionarios, de las flores y aromas que exhalan fragancia. «Ir con planta sencilla» significa «dirigirse á un fin con ingenuidad, sin doblez, ni engaño,» y esta acepción tiene, entre otras, el adjetivo *sencillo*.

Refiriéndonos á otra clase de composiciones, diremos que Sartorio escribió muchos sonetos; pero apenas se encuentra uno que otro regular. En lo que sí sobresalió fué en los epigramas, unos originales y otro traducidos. También debe considerársele como poeta dramático, pues compuso varias loas y un coloquio en honra del nacimiento de Jesucristo que se representó en el convento de Regina de México.

Basta lo dicho, para que podamos formar un juicio defi-

nitivo acerca de Sartorio, resumiendo todo lo observado hasta aquí.

El defecto general de sus poesías es el *prosaísmo*, unas veces en la forma, otras en el fondo, ó bien en una y en otra. Ya hemos explicado en qué consiste el *prosaísmo*.

El *prosaísmo* no nació en México, sino que vino de España; pero en Sartorio se marca mejor que en cualquier otro poeta español ó mexicano, á consecuencia de la *incorrección* en que dejó sus poesías, con la cual han sido publicadas, y de que sin embargo, no se debe culpar á nuestro autor, según lo hemos dicho.

No obstante esa *incorrección*, hay poesías buenas de Sartorio, en el género templado, como los epigramas.

En el género elevado nunca pudo llegar nuestro poeta á la sublimidad de los salmos y otras oraciones de la Iglesia, ni aun como simple traductor; pero sí encontramos algunos de sus himnos y otras composiciones donde hay ternura, animación y aun vehemencia para expresar la pasión que le dominara, *el amor divino*, que fué el móvil casi único de sus producciones.

Se advierte, pues, con facilidad que á Sartorio no le faltaba enteramente inspiración poética, y puede asegurarse que ciertas correcciones serían bastantes para que una parte de sus poesías pudieran considerarse como de mérito.

Alguna vez se publicará una colección escogida de poesías mexicanas, y entonces el colector podrá hacer á las de Sartorio algunas correcciones de aquellas que se habría permitido un amigo del autor, si le hubiera dado á revisar sus composiciones.

Esto nos parece lícito tratándose de un hombre que dió muestras de saber escribir, y del cual nos consta que no corrigió sus manuscritos: es, pues, de presumir muy racionalmente, que quien produjo algunos trabajos apreciables podía haber pulido con acierto el resto de sus obras. Hechas á las poesías de Sartorio las correcciones debidas, saldría del olvido ese hombre virtuoso y sabio, al cual amaron y respetaron los que le conocieron: la posteridad no debe ser menos justa con su memoria.